



bam
bú

AMÉRICA



Philippe Nessmann

AL LÍMITE DE NUESTRAS VIDAS

La conquista del polo



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2006 Éditions Flammarion para el texto
y las ilustraciones
© 2008, Editorial Casals, SA
Tel.: 0034 902 107 007
editorialbambu.com
bambuamerica.com

Título original: *Au péril de nos vies. La conquête du pôle*
Traducción: Arturo Peral Santamaría

Créditos fotográficos del Cuaderno Documental:
Corbis/Bettmann: 2, 3, 11, 13, 14.
Corbis/Historical Society of Seattle and King Country dba
Museum of Hi: 10.
Corbis/John Conrad: 9 (arriba).
Corbis/Tim Davis: 9 (abajo).
Corbis/William Findlay: 8
Rue des Archives 1/Süddeutsche Zeitung: 15 (abajo).
Rue des Archives/The Granger Collection NYC: 12
(izquierda y derecha).
Getty Images/Hulton Archive: 15 (arriba).
Getty Images/Robert Peary/Hulton Archive: 16.

Ilustraciones del Cuaderno Documental:
(páginas 4/5 y 6/7): Oliver Audy.

Sexta edición: abril de 2016
ISBN: 978-84-8343-165-8
Depósito legal: M-25881-2011
Printed in Spain

Impreso en Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Introducción
Nueva Orleans, 1903

Donde se descubre quién soy

Antes de contarles la gran historia, quisiera contarles una más corta. Ocurrió en 1903. Yo trabajaba de portamaletas en un tren. Durante una parada prolongada en Nueva Orleans, aproveché para visitar la ciudad.

Hacía un tiempo pesado y las calles estrechas estaban invadidas por vendedores de agua, carrozas con caballos, músicos ambulantes, mendigos. Se oían voces por todas partes con aquel extraño acento típico del sur de Estados Unidos. En el primer piso de las casas de madera, en los balcones de hierro forjado, las mujeres tendían la ropa o pelaban verdura.

De pronto, una gota de agua caída del cielo aterrizó en mi frente. La sequé con la yema del dedo, alcé la cabeza y vi una enorme nube negra. Poco después, una lluvia tropical cayó sobre la ciudad, limpiando la calle de vendedores, músicos y mendigos.



Como era mediodía, entré en una taberna para resguardarme y comer. Estaba oscura. Olía a cerveza.

–¡¿No sabe leer?!

Era un tipo grande con un mandil blanco; parecía molesto.

–¿Está cerrado? –pregunté.

Me empujó fuera y me mostró un cartel que colgaba de la puerta: «Prohibida la entrada a negros y perros».

–Para ti, por la ventana del lado.

Como tenía hambre, di la vuelta y esperé bajo la lluvia insistente a que abriera la ventana. Lo miré unos segundos: cabello rubio, ojos azules, piel blanca, labios rosas.

–¿Quieres mi retrato?

–No, sólo un sándwich.

¿Qué podía hacer? ¿Indignarme? Él tenía razón: soy negro. Mis ojos negros habían visto países que los suyos no verían nunca. Mis piernas negras me habían llevado a través de Groenlandia. Y en varias ocasiones, en expediciones anteriores, mis manos negras habían salvado a mis compañeros blancos de una muerte segura. Pero soy negro, nieto de esclavos. Y en el sur de Estados Unidos, sólo tenía un derecho: el de guardar silencio.

–¡Toma! –dijo el hombre tirándome el sándwich. Será medio dólar.

Le di un billete de dólar. Me contestó que no tenía cambio. Empapado, me alejé apretando los dientes. No podía hacer nada. Pero sabía que pronto haría algo importante.



En breve el comandante Peary me pediría que le acompañase en una nueva expedición al Ártico. Estaba seguro de que, muy pronto, seríamos las primeras personas del mundo en llegar al Polo Norte. ¡Un negro en el Polo Norte! Entonces, los negros de Estados Unidos podrían alzar la cabeza y sentirse orgullosos, orgullosos de ser negros.

Detrás de mí, el hombre de la taberna gritó:

–¡Y no vuelvas por aquí! ¡No nos gustan los negros!

Ni siquiera me di la vuelta.



Capítulo uno
Groenlandia, verano de 1908

Llegamos por fin Un encuentro agitado ¡Reclutamos!

La gran historia empezó cinco años después, en verano de 1908.

–¡Matthew! ¡Matthew!

Al escuchar mi nombre, dejé el cepillo sobre el banco y el patín de trineo que estaba fabricando. Con el dorso de la mano sacudí las astillas que colgaban de mi jersey y después subí las escaleras metálicas que llevaban a la cubierta del barco.

–Matt... ¡Ven a ver esto, hijo!

Era el comandante Peary. A pesar de mis cuarenta y dos años y de que él era diez años mayor que yo, seguía llamándome «hijo» afectuosamente. Su gran bigote pelirrojo no lograba esconder su sonrisa en cuña y, bajo las tupidas cejas, brillaban sus pequeños ojos grises. Apoyó sus huesos sobre la barandilla del *Roosevelt*:



—¡Mira, ya estamos aquí! Otra vez...

Me apoyé en la borda.

A estribor flotaban unos bloques de hielo en el mar y, justo detrás, se dibujaba una silueta terrestre: Groenlandia. Su costa salvaje parecía picada, molida por las tormentas. Inmensos acantilados rocosos se sumergían en el mar. Entre esas fortalezas inexpugnables, los glaciares discurrían imperceptiblemente, vertiendo batallones de hielo al océano.

La pureza de la atmósfera mostraba un paisaje de colores resplandecientes, como no se podría ver en ningún otro lugar: el blanco brillante de los icebergs, las vetas azuladas de los glaciares, el marrón rojizo de la roca jaspeado de arenisca amarilla, el verde intenso de las praderas donde holgazaneaban los pingüinos y, más allá de los acantilados, sobre el lejano horizonte, la blancura immaculada de las nieves eternas.

Podría haber admirado esta tierra durante horas. Aunque la conocía de memoria y la quería como si hubiera nacido en ella: era la séptima vez en diecisiete años que acompañaba a Robert Peary por estas regiones polares. En el pasado, sentí aquí inmensa alegría, como en 1892, cuando el comandante logró demostrar, tras una audaz incursión en trineo hasta el norte de Groenlandia, que se trataba de una isla y no de un continente. El regreso a Nueva York fue triunfal: el público se había entusiasmado con nuestras aventuras árticas.



Pero esta región hostil también había sido escenario de los episodios más dolorosos. Nuestras dos últimas expediciones, de 1898 a 1902 y después de 1905 a 1906, cuyo objetivo era conquistar el Polo Norte, fueron dos dolorosos fracasos. En el primer intento, caminamos agotados por la nieve a cincuenta grados bajo cero y Peary no prestó atención al frío que le mordía los pies. Una noche, al quitarse las botas, descubrió que tenía los dedos de los pies negros y duros. Congelados. El veredicto del médico fue como una puñalada. «Hay que amputar». «Usted es el médico –respondió Peary–. ¡Pero déjeme los justos para mantenerme en pie y caminar hasta el Polo!»

Discretamente, bajé la mirada hacia la cubierta de madera del *Roosevelt*, después hacia los zapatos ortopédicos del comandante. Dos dedos, el meñique de cada pie, no le dejaron nada más. Pero una voluntad intacta e inquebrantable animaba aún aquel cuerpo disminuido: la voluntad de ser el primer hombre que llegara al Polo Norte. Qué carácter tan fuerte.

–¡Borup! –gritó el comandante–. ¡Venga a ver esto!

Un joven de abundante cabello atravesó la cubierta y se unió a nosotros. George Borup era el benjamín de la expedición, con sus veintitrés años y el rostro de un niño. Acababa de salir de la universidad, era la primera vez que participaba en un gran viaje. El comandante lo había contratado por su resistencia: era campeón de carrera a pie.

–Borup, hemos llegado al nordeste de Groenlandia.



Acabamos de cruzar la línea imaginaria que separa el mundo civilizado del mundo ártico...

El comandante barrió la costa con la mirada.

–Desde ahora, la civilización nos queda detrás. Ya no nos será de ninguna ayuda. Hemos penetrado en un universo hostil en el que debemos sobrevivir por nuestros propios medios.

–Comandante, cuando dice...

Unos gritos interrumpieron a Borup.

¡Gritos estridentes!

Más allá, en la costa, a trescientos metros del buque, dos hombres gesticulaban. Otros tres salían de barracas que había en tierra. Unos perros empezaron a aullar. Los hombres corrieron hacia sus kayaks y los metieron en el agua. Y se lanzaron hacia nosotros.

Borup, desconcertado, miró expectante a Peary. El muchacho intentaba leer alguna reacción en la cara del comandante, para saber si debía inquietarse. El comandante lo notó y se volvió hacia mí con mirada maliciosa:

–¡Matt, ve a buscar los fusiles y los cuchillos!

Un minuto más tarde, volví de la cala con un brazado de armas. Los kayaks estaban muy cerca del *Roosevelt*. Los aullidos iban en aumento.

Borup, muy inquieto, tomó un fusil y verificó que estuviera cargado.

–Pero... ¿las balas...?

Los kayaks alcanzaron el *Roosevelt*. Dos hombres agarraron las sogas que colgaban y escalaron el casco.



—¡Comandante! —exclamó Borup—. No hay...

Peary le quitó el fusil de las manos y lo tranquilizó con una sonrisa:

—Necesitaremos las armas más adelante. Por ahora, observe...

Los dos hombres franquearon la barandilla. Vestidos con ropas de piel, eran más bien pequeños y regordetes, tenían el cabello largo y negro, la piel morena y los ojos rasgados.

Muy rápidamente, uno de los dos se lanzó hacia mí gritando:

—¡Miy! ¡Miy maripalook!

Bajo la mirada atónita de Borup, el hombre me tomó entre sus brazos. El otro bailaba alrededor de Peary y cantaba:

—¡Peary aksoah! ¡Peary aksoah!

«*Peary aksoah*» quería decir en esquimal «el gran Peary», por su gran tamaño. «*Miy*» era mi apodo y «*maripalook*» quería decir «el amable».

Borup comprendió que le habíamos hecho una broma: los esquimales no eran malos, sólo estaban excitados por volver a vernos.

Escuché las novedades de mis viejos amigos: ¿qué había sido de mi amigo Ootah después de nuestro último viaje, hacía dos años? ¿Tenía otro hijo? ¡Qué acontecimiento tan feliz! Y su hermano Egingwah, ¿cómo estaba? ¿Bien? ¡Qué alegría! ¿Y el joven Ooqueah? ¿Enamo-



rado de Anaddoo, la hija de Ikwah? Esta noticia me hizo sentir viejo. Durante nuestro primer viaje a Groenlandia, Ooqueah tenía dos años y estaba empezando a hablar. Durante las expediciones siguientes, estaba aprendiendo a pescar y a construir iglúes con nieve. Y ahora ya era un adulto, a punto de fundar una familia...

Después de este feliz reencuentro, Peary se dirigió a Seegloo en lengua esquimal.

–Seegloo, nosotros venir de Nueva York para intentar de nuevo llegar Polo Norte... Como última vez, viaje durar un año. Nosotros ir primero al norte en barco. Luego pasar invierno en barco. Y en primavera, nosotros ir con trineo por hielo al polo.

Era muy divertido escuchar a Peary hablar en esquimal. Nunca había hecho el esfuerzo de aprender correctamente su lengua. Hablaba como los indios, o más bien como un estadounidense hablando en indio.

–Nosotros necesitar perros para tirar trineos. Y hombres para dirigirlos. Y mujeres para hacer ropa de piel. ¿Ustedes querer venir?

El rostro de Seegloo, hasta entonces sonriente, se ensombreció de repente. El esquimal había participado en nuestro último intento contra el polo en 1906, y seguramente habían vuelto a su memoria imágenes terribles: el hambre y la angustia de la muerte. Entonces estábamos en medio de la banquisa, lejos de todo, y el estado deplorable del hielo nos había retrasado mucho. A menos



de trescientos veinte kilómetros del Polo Norte –era todo un récord: nadie se había acercado tanto–, tuvimos que desandar el camino porque se nos acababa la comida. La vuelta fue horrorosa: hambrientos, al límite de nuestras fuerzas, tuvimos que comernos a los perros para sobrevivir. Si no, nos habríamos quedado allí.

Peary intentó tranquilizar a Seegloo:

–¡No inquietarse! Hace dos años que yo preparar viaje. Yo comprender por qué última expedición fracasar y yo programar con detalle nueva expedición. Yo haber comprado provisiones necesarias. En cala, ocho toneladas harina, quinientos kilos café, cuatrocientos kilos té, cinco toneladas azúcar, tres toneladas y media panceta ahumada, cinco toneladas galletas, cien cajas leche condensada, y quince toneladas paté de grasa y de carne... con eso, no morir de hambre. ¡Prometido!

Seegloo me lanzó una mirada interrogativa: aquellas cantidades no significaban nada para él. Asentí con convicción para que comprendiera que el comandante sabía lo que hacía. Para lograr persuadirle, Peary tomó un fusil y le dijo:

–A cambio de tu ayuda, nosotros daremos fusiles, cuchillos, agujas de costura de acero, fósforos...

Seegloo inspeccionó el arma con mucha atención. Los esquimales de Groenlandia viven de la caza y la pesca. Tradicionalmente, fabrican sus anzuelos, sus puntas de flecha y sus cuchillos con hueso o marfil, y encienden fue-

